

Mar
5
Feb
2019

Evangelio del día

Cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: Santa Águeda (5 de Febrero)

“Jesús atravesó de nuevo a la otra orilla”

Primera lectura

Primera lectura: Hebreos 12, 1 – 4

“Hermanos: Una nube ingente de espectadores nos rodea: por tanto, quitémonos lo que nos estorba y el pecado que nos ata, y corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en que inició y completa nuestra fe: Jesús, que renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, sin miedo a la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del Padre. Recordad al que soportó la oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis ánimo. Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado.”

Salmo de hoy

Sal 21,26b-27.28.30.31-32 R/. Te alabarán, Señor, los que te buscan

Cumpliré mis votos delante de sus fieles.
Los desvalidos comerán hasta saciarse,
alabarán al Señor los que lo buscan:
viva su corazón por siempre. R/.

Lo recordarán y volverán al Señor
hasta de los confines del orbe;
en su presencia se postrarán
las familias de los pueblos.
Ante él se postrarán las cenizas de la tumba,
ante él se inclinarán los que bajan al polvo. R/.

Me hará vivir para él, mi descendencia le servirá,
hablarán del Señor a la generación futura,
contarán su justicia al pueblo que ha de nacer:
todo lo que hizo el Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 5, 21-43

En aquel tiempo, Jesús atravesó de nuevo a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó junto al lago. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y al verlo se echó a sus pies, rogándole con insistencia: - Mi niña está en las últimas, ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva. Jesús se fue con él, acompañado de mucha gente que lo apretujaba.

Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos y se había gastado en eso toda su fortuna, pero en vez de mejorar, se había puesto peor.

Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando que con sólo tocarle el vestido, curaría. Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado.

Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de gente, preguntando: - ¿Quién me ha tocado el manto?

Los discípulos le contestaron: - Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: “¿Quién me ha tocado?”. El seguía mirando alrededor, para ver quién había sido.

La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo.

El le dijo: - Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud...”

Reflexión del Evangelio de hoy

Crónicas para no dormir

Seguro que ya han saltado las alarmas con semejante título. Cuando utilizamos el término “para no dormir”, automáticamente lo asociamos con realidades negativas que nos ensombrecen o angustian... Pero nada más lejano a eso es la realidad que nos presenta la carta a los Hebreos 12, 1-4. Ésta nos sitúa más allá de lo que con mirada mediocre podemos percibir. Nos habla de una “nube ingente de testigos”, es decir, “multitud” de testigos nos rodean. ¿Exagera? Si sólo se conoce lo que mediana y fuleramente nos ofrecen los medios de comunicación, no seremos capaces de encontrar ni un solo testigo; acostumbrados como estamos a escuchar la “noticia negra” y el morbo que la acompaña. Hebreos nos invita a despertar y despejar la mente para descubrir, como indica la carta apostólica “Gaudete et exultate”, nº 6, “al santo de la puerta de al lado”, esos testigos que permanecen y están a nuestro lado día a día. Hay que quitar todo lo que nos estorba para descubrir la belleza de la imagen de Dios que hay en el otro: la nube ingente nos habla de entregas silenciosas, más allá del ruido de lo popular; nos habla de sonrisas calladas y palabras suaves que rozan el corazón y le devuelven dignidad; nos habla de vidas entregadas por amor hasta el extremo; nos habla de “la otra orilla”, la orilla del que no piensa como yo; es curioso: a Jesús se le ve continuamente bordear la otra orilla, la orilla del misterio. Para Jesús la otra orilla está radicada en el corazón del Padre, allí vislumbra la orilla de la humanidad y el rostro herido de una historia sin tiempo, sin horizonte, el rostro herido de quienes al cruzar a la otra orilla fueron rechazados, oprimidos y marginados. La otra orilla siempre viene cargada de sorpresas; a lo largo de los evangelios sinópticos se percibe la “otra orilla” como el trayecto del discípulo que, alcanzado “por quien inició y completa nuestra fe”, se dispone a correr hasta la meta fijos los ojos en Jesús. Son los “mochileros del Espíritu” que han tomado como equipaje de viaje a los pobladores de las aceras miserables de la pobreza y la injusticia y con ellos corren sin retirarse, en la carrera que les toca, fijos los ojos en el único que vale la pena: JESÚS.

La orilla de las sorpresas

Dos situaciones sorprenden a Jesús en la otra orilla, que forman parte del significado profundo de su misión: restaurar lo que estaba perdido, devolverle su belleza esencial.

La hija de un jefe de la sinagoga Jairo, herida de muerte (bloqueada para proyectarse con dignidad).

Una mujer con hemorragias de sangre, por lo tanto señalada como impura, anulada y sin dignidad.

No voy a entrar en la simbología del número (12 años de la niña 12 años con flujos de sangre), sino en el hecho o significado y paralelismo del número

La dinámica de la fe nos coloca como seguidores de Jesús en el centro de su misión. Para Él lo prioritario implica el riesgo de perderlo todo, perder la seguridad de estar situado en la vida con el objetivo exclusivo de “ir tirando”. La hija de Jairo es la imagen de la vida que se agota sin expectativas, la hemorroísa es la imagen de la vida que se arrastró sin expectativas durante años. Las dos tienen para Jesús una prioridad: le colocan de lleno en la esencialidad de su misión y le lanzan en la búsqueda del plan del Padre. En ningún momento nos dice el evangelista en su relato que Jesús cruzara a la otra orilla para encontrarse con Jairo o con la mujer de los flujos de sangre; tanto la una como la otra son un borde de la orilla del Corazón del Padre: “tanto amó Dios al mundo que envió a su propio hijo para que no perezca ninguno de los que creen en Él” (Jn 3, 16).

Por el camino hacia la casa de Jairo, una mujer toca el manto de Jesús y percibe que una fuerza ha salido de Él, la fuerza de la fe; y, mira por dónde, entre tanta gente que había acudido a escucharle sólo una mujer impura es capaz de arrancarle la curación. ¿Quién me ha tocado? El asombro de los discípulos fue grande: entre tanta gente que te apretuja, ¿quién te ha tocado? ... “Hija, tu fe te ha salvado, vete y queda curada”. Jesús la coloca más allá de su propia miope visión, doce años gastando dinero sin conseguir nada, ahora la invita a volver a reestructurar la vida: vete y queda curada; como si dijera: “vete y vive, descubre la belleza de tu vida y busca la imagen de mi Padre”.

Hablando con la mujer le comunican que la hija del jefe de la sinagoga está muerta. Jesús insiste en que basta que tenga fe y se dirige a casa de Jairo. De todos es conocida la invitación que Jesús hace a la niña que acaba de fallecer, ese momento crucial en que es llamada por Jesús a levantarse y echar a andar: “Talita Kumi”, ¡a ti te digo, niña, levántate! Es la traducción que hemos escuchado comentar tantas veces y que nos ha conmovido por el encanto que encierra esas palabras en boca de Jesús...

Profundizando en este evangelio, hace unos años encontré esta aclaración exegética, que me pareció muy significativa: “es un texto arameo que está transliterado al texto griego. Es muy improbable que la Iglesia cristiana del siglo II se invente esa frase aramea. Para empezar en arameo se escribe “tlyta qum” y no Talita Kumi. Está puesta como “talita cumi” para facilitar la pronunciación de una expresión semítica al lector griego. De hecho, la traducción exacta no es niña, sino “muchacha” o “jovencita”. La segunda palabra es “qum” y mal transliterada es cumi o kumi, que significa “ven a mí”. Así que la frase original en arameo sería “muchacha, (levántate) ven a mí”. La niña se levantó y echó a andar”.

“Muchacha, (levántate) ven a mí”: “levántate, amor mío, hermosa mía y vente”, leemos en el Cantar de los Cantares 2, 10-17. Llamados/as e invitados a ser: ¡qué increíble misterio de amor!

Invitados a buscar la otra orilla

Esta reflexión comenzó con una frase que puede parecer incoherente: “crónicas para no dormir”. ¿Acaso no es para pasar la vida en un insomnio continuo, descubrir que Dios nos embelleció en el Hijo y nos ha devuelto nuestra imagen original, nos ha invitado a la vida y nos ha lanzado hacia los harapos del mundo para que con ellos construyamos el Reino? Debemos escuchar el paso de Dios en la historia, para que cuando nos sorprenda en las orillas de nuestro camino, no tengamos miedo de dejar en él la vida, seguros de que “quien soportó la cruz sin miedo a la ignominia, ahora está sentado a la derecha del Padre”. ¡Hay tantas hemorroísas e hijas de Jairo que esperan que les hablemos de Él para volver a vivir con dignidad! Santa Águeda ratificó con su vida una crónica para no dormir con la mejor de las caligrafías, la de la orilla del Corazón del Padre, que le mantuvo firme en la fe en el Hijo de Dios, ratificando con su entrega su “talita Kumi, levántate, ven a mí”.



Sor Mª Ángeles Martínez, OP
Monasterio Inmaculada de Atacama, Copiapó – Chile

Santa Águeda

Virgen y mártir

Sicilia, siglo III

El culto de esta famosísima mártir se difundió desde Sicilia por todo el Oriente cristiano, por el Norte de África y llegó a Roma, donde se le dedicaron numerosas iglesias, una de ellas por el propio San Gregorio Magno (3 de septiembre), y se la inscribió en la lista de mártires del canon de la misa, volando así su nombre y su fama también a todos los países en donde el Misal Romano ha llegado a estar vigente.

Desgraciadamente sus actas no son anteriores a la segunda mitad del siglo V y han podido por ello ser catalogadas como un romance del gusto medieval más apto para la edificación piadosa que para la noticia histórica.

Los datos seguros, que nadie discute, son muy pocos: que existió históricamente, que fue virgen y mártir, y que fue martirizada por la fe muriendo el 5 de febrero; todas las posibilidades apuntan que fue el año 251 en el imperio de Decio, siendo menos atendibles las indicaciones respecto a su martirio en tiempo de Diocleciano a comienzos del siglo IV. Su nacimiento se lo discuten Catania y Palermo, sin que sobre ello haya datos para concluir, pero su martirio tuvo lugar en Catania, donde su tumba tuvo veneración secular.[...]

Siguiendo la narración de las actas diríamos que esta joven, de rica e ilustre familia, habiendo decidido desde su adolescencia consagrarse a Cristo, triunfó de todas las tentativas de hacerla contraer matrimonio y perder su virginidad. Quintiano, un varón consular, llevado de la lujuria y la avaricia, la deseó y pensó que podría vencer la resistencia de la joven. Al no conseguirlo, aprovechó la persecución desatada contra los cristianos para mandar su arresto y hacerla comparecer ante sí en Catania. Viéndose ella en las manos de los perseguidores, se encomendó a Cristo el Señor, único dueño de su corazón, y le pidió la gracia de poder vencer en la gran batalla que se le avecinaba. Por primera providencia se la envió a una casa de prostitución, llevada por una mujer de duro corazón, que intentó seducir y pervertir a la joven. Como ella se mantuviera firme en su fe y en su virtud, compareció nuevamente ante el juez, y tuvo lugar este diálogo:

Juez: ¿De qué condición eres?

Águeda: Soy de condición libre y de familia noble, como lo prueba la condición de todos mis parientes.

Juez: Si eres libre y noble ¿por qué llevas la baja vida de una esclava?

Águeda: Yo soy esclava de Cristo, y por esto de condición servil.

Juez: Si tú fueses de verdad libre y noble, no te abajarías a tomar el nombre de esclava.

Águeda: La nobleza suprema consiste en ser esclavos de Cristo.

A los pocos días hubo un nuevo interrogatorio, en el que la virgen confesora de la fe volvió a dar un alto testimonio de Cristo y de fe y amor a él. Entonces el juez decidió que fuese atormentada: extendida sobre un caballete fue azotada, y cuando ya los azotes habían desgarrado su frágil cuerpo se aplicó fuego a las heridas. La virgen aguantó con heroica firmeza el tormento, y esta fortaleza no hizo sino irritar aún más al tirano, que mandó entonces le fuesen cortados los pechos, mereciendo que la virgen le increpara por esta afrenta a su dignidad femenina, afrenta que solamente se le podía hacer si el juez olvidaba que de los pechos de su madre se había alimentado de pequeño. Seguidamente, su ensangrentado cuerpo, todo él lleno de heridas y quemaduras y mutilado en su feminidad, fue arrojado a un calabozo, donde la joven entró en oración y puso de nuevo su confianza en el Señor. Tuvo lugar entonces la aparición de San Pedro y la curación de la malherida.

El milagro no impresiona al juez, que la interroga de nuevo, le hace nuevas propuestas de abandonar el cristianismo y recibe nuevas negativas de la santa mártir. Entonces manda que se llene de cascotes de cristal y carbones encendidos el suelo del calabozo y que sobre ellos se tienda a la santa. La desnudan y la tienden, pero entonces un terremoto hace que caiga sobre los verdugos el techo y que la propia ciudad de Catania se conmueva toda por el temblor de tierra. Águeda da gracias a Dios por haberle sido fiel y haberle guardado la castidad de su cuerpo y expira en las manos de Dios.

José Luis Repetto